
MIRA
Hielo y fuego
Anne Stuart

A mis maravillosas agentes, Jane Dystel y Miriam Goderich, por su apoyo inagotable, sus juiciosos consejos y, sobre todo, su paciencia.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, no habría podido escribir este libro sin haberme enamorado de J-rock y de Japón. Por eso, le agradezco a mi hija que me arrastrara a Otakon. Estoy enganchada a los *doramas* japoneses (miniseries de televisión de doce horas que veo trabajosamente en japonés con subtítulos en chino, idiomas que no leo ni hablo, pero me encantan en cualquier caso).

Mi *yakuza* no es particularmente realista, pero no hay que reprochárselo ni a David E. Kaplan y Alec Dubro ni a su magnífico libro *Yakuza: The Explosive Account of Japan's Criminal World*. Creo en las licencias poéticas.

Si quiere una banda sonora para el libro, escuche la música *new age* de Pacific Moon, el rock de Hyde and L'Arc-en-Ciel y la banda sonora de *Final Fantasy: Advent Children*.

Tampoco pasaría nada si le añadiera un toque de Dir en grey.

1

Reno subió los escalones de dos en dos, abrió de un empujón la puerta del piso vacío y se encontró con el cañón de una Glock entre los ojos.

Peter Madsen apartó lentamente la pistola.

—¿Qué haces aquí? Podría haber disparado.

Reno sonrió. Sabía que Peter lo consideraba el agente más incordiante y aparatoso que había trabajado en el Comité, la organización encubierta de bienhechores implacables, y quería estar a la altura de su imagen. Se quitó una inexistente mota de polvo de la cazadora de cuero y se dejó las gafas de sol puestas aunque la habitación estaba a oscuras.

—Confío en tu instinto.

Entró y cerró la puerta. Sus botas de vaquero retumbaron sobre el suelo de madera.

—¿Cómo puedes seguir sigilosamente a alguien si eres tan ruidoso? —preguntó Peter.

Reno esbozó su sonrisa más irritante. Le entusiasmaba fastidiar al Hombre de Hielo.

—Me las apaño —contestó él—. He pensado que podrías necesitar un poco de ayuda.

—Cuando necesito ayuda, la pido.

—Sólo intentaba cumplir con mi obligación, jefe —Reno se encogió de hombros—. Isobel se ha largado, ¿verdad? Nuestra aguerrida cabecilla ha desaparecido y te ha dejado al mando.

—Efectivamente —Peter lo miró con el ceño fruncido—. Y no me llames jefe. Yo no he tenido la idea de que estuvieras aquí.

—Yo, tampoco. ¿Crees que se ha ido con Killian?

—Eso espero.

—Ah… Un amor verdadero —comentó Reno—. ¿Es para bien?

—Eso espero —repitió Peter.

—¿Por qué? ¿Para poder tomar el mando del Comité?

Reno fue hasta la ventana y observó la tarde húmeda e invernal.

—Ni hablar. Voy a endosarle esto a la primera persona capacitada.

—Entonces, ¿por qué?

Peter se encogió de hombros.

—Este tipo de vida pasa una factura muy alta. Isobel y Killian se quedaron mucho tiempo; se ganaron el derecho a salir de todo esto.

—No te considero un sentimental… —Reno resopló.

—¿Eres especialista en juzgar las personalidades?

Reno se limitó a sonreír con malicia.

—Entonces, explícame una cosa —dijo pausadamente—. ¿Por qué seguimos escondiéndonos? ¿Por qué mi primo y su esposa han desaparecido en algún sitio de Japón? Thomason está muerto y sus pactos deberían haberse cancelado. Además, los mercenarios rusos también deberían haber perdido el interés. Los mercenarios sólo trabajan por dinero y la fuente de sus ingresos se ha secado. Deberíamos estar preparados para pasar a otros asuntos nuevos y no perdiendo el tiempo con líos del pasado.

—A lo mejor, los rusos no se han enterado. A lo mejor se han metido en otros asuntos, pero nuestra información es incompleta. En cualquier caso, no voy a correr riesgos. Ya hemos perdido bastantes agentes y, además, aprecio a tu primo.

—Yo también, pero creo que puede defenderse de media docena de agentes rusos retirados —concluyó Reno.

—Seguramente, pero no vamos a comprobarlo. Se quedarán ocultos hasta que sepamos que están a salvo. ¿Lo has entendido?

Reno no contestó y cambió de tema.

—¿Qué tal está Mahmoud?

—Bien —contestó Peter sombríamente—. Debería llevar una PlayStation Tres a casa. El niño es

un asesino despiadado. Genevieve cree que es mejor que vuele cabezas virtuales en vez de que sean reales. No será gracias a ti.

Reno se rió sin un atisbo de sensibilidad.

—Te daré una lista de juegos.

—Dios… —farfulló Peter.

—¿Por qué no trasladamos la oficina aquí? —Reno miró alrededor—. Hay mucho espacio. Mejor aún, ¿por qué no me traslado yo?

—Por lo mismo que nos hemos ido de Kensington. No es seguro, como este sitio. La casa de Golden Green servirá por el momento.

Reno dejó escapar un ruido soez.

—Si no te gusta, puedes salir a la luz en Wiltshire y quedarte con nosotros —le ofreció Peter.

Reno podía imaginarse cuánto le gustaría eso a Peter y estuvo casi tentado de aceptar la oferta sólo por jorobarlo. Sin embargo, tendría que transigir con el afán de ampararlo de Genevieve y a los veintisiete años no quería tener una madre, como no lo quiso a los siete. Se apañaba muy bien solo.

Se oyó el pitido amortiguado de un aparato electrónico. Peter sacó su PDA, su agenda electrónica, y miró fijamente el mensaje que estaba recibiendo.

—¡Mierda! —exclamó mientras miraba a Reno, que intentaba, sin éxito, disimular su curiosidad—. Se nos han complicado las cosas.

Si no fue la primera vez que Peter había empleado el plural, sería por muy poco.

—¿Qué pasa?

—Hemos recibido un mensaje de nuestros informadores en Estados Unidos. Se trata de tu primo.

Reno se quedó petrificado y muy serio.

—Dijiste que estaban a salvo.

—Lo están. Ni siquiera yo sé dónde están. Ése es el problema. Jilly, la cuñada de Taka, ha decidido hacerles una visita por sorpresa. Por eso, mientras Taka y Summer están a salvo en algún sitio, la chica podría meterse directamente en algún lío. Y no tengo a nadie que pueda ocuparse de ella…

—Yo iré —Reno lo dijo en un tono inexpresivo y tajante.

—No puedes. Te expulsaron de Japón…

—Me expulsó mi abuelo, no el Gobierno. Puedo volver cuando quiera. Los Toussaint han vuelto a su montaña y la mitad de tus agentes están muertos o desaparecidos. Soy la única alternativa.

—¿Estás pidiéndome permiso? —preguntó Peter.

—No. Voy a ir. Puedes mandar a alguien más, pero sólo interferirá en mi camino.

—No tengo a nadie más que pueda mandar y lo sabes. Sigo sin saber qué pasó con MacGowan.

—Entonces, decido yo —Reno asintió con la cabeza—. ¿Cuánto hace que se fue la hermana de Summer?

—No lo saben muy bien —Peter miró fijamente a Reno—. Creo que Taka quería estar muy seguro de que no te acercarías a la hermana de su mujer.

—Taka quiere muchas cosas. Cree que lo sabe

todo. Ya no está y no hay nadie más. Si intentas detenerme, te mataré.

—Lo dudo —replicó Peter—. Además, no creo que quieras perder el tiempo intentándolo. Me ocuparé de que te lleven. No lo apruebo, pero intentar detenerte llevaría mucho tiempo. Te mandaré algún refuerzo en cuanto consiga saber quién queda vivo.

—No necesito ningún refuerzo.

—Lo mandaré —insistió Peter.

Sin embargo, Reno se había marchado. Se había perdido en la noche de finales de invierno, en la ciudad gélida. Quedaban algunas semanas para que llegara la primavera y Londres estaba oscura como la boca del lobo. Nunca se había sentido en su casa durante los meses que había vivido allí. Se dirigía al aeropuerto más cercano para volver a la tierra de sus antepasados, le pareciera bien a su abuelo o no. No iba a permitir que le pasara algo a la cuñada de su primo. No iba a permitir que le pasara algo a la jovencita alta y de aspecto tímido que sólo había visto una vez y que debería haber olvidado, pero que se colaba en sus sueños en los momentos menos apropiados.

Iba a encontrar a Jilly y a devolverla a su casa antes de que le pasara algo. Entonces, podría volver a olvidarse de ella.

El desfase horario no debería haberla sorprendido; había visto *Lost in Translation* muchas veces. Se bajó del avión aturdida y somnolienta y tuvo

mucha suerte de poder llegar a Tokio desde el aeropuerto de Narita. Se montó en un precioso taxi verde, le dio la dirección al conductor y se dejó caer contra el respaldo con los ojos cerrados.

¿Dónde se habían metido Summer y Taka? Había dejado media docena de mensajes en el teléfono móvil de su hermana y sólo había recibido un pitido como respuesta. Si hubiera tenido el más mínimo sentido común, nunca se habría montado en el avión que la había llevado a Tokio hasta saber algo de ella, pero en ese momento, no podía ser sensata. Iba corriendo a encontrarse con su hermana mayor, que la abrazaría y le diría que no pasaba nada.

Entretanto, había conseguido llegar a Japón y tenía sobrados motivos para haber ido: no había visto a su hermana desde hacía tres meses y, además, había una exposición maravillosa de cerámica de la época Heian. Si estaba pensando en cambiar su tesis doctoral de Mesopotamia a los primeros tiempos de Japón, una exposición impecable, según lo que había leído, sobre la época Heian era imprescindible para sus estudios.

Daba igual que la exposición fuera a durar años; ella no había comentado el cambio con sus tutores y cuanto antes tomara la decisión, mejor.

En ese momento, ir a Japón era imprescindible. Si coincidía con que había pasado la peor aventura de una noche con el peor pervertido sexual de la historia, era pura casualidad. Iba a borrar de su cabeza esa noche espantosa y demencial. No era la

primera estupidez que hacía; en realidad, sí lo era en lo que se refería a los hombres, pero en esos momentos no iba darle más vueltas. Pensaría en lo que tenía por delante. Por el momento, quería ver a su hermana y quería verla inmediatamente. Tenía más motivos para estar en Japón, como Taka y su primo, pero no iba a pensar en ellos en ese momento. Estaba oscureciendo y los neones empezaban a iluminar la ciudad, pero también estaba demasiado impaciente como para admirarlos. Tenía que llegar a algún sitio e instalarse durante un tiempo. Necesitaba la cordura serena de su hermana, una cama aceptable y tiempo para pensar lo que iba a hacer. En todos los aspectos.

El taxi tardó una eternidad y cuando se paró en una zona residencial del sur de la ciudad, casi se había quedado dormida.

—*Arigato gozaimasu* —dijo ella mientras dejaba la mitad de sus yenes en la mano con un guante blanco del taxista.

Se bajó del taxi con su mochila y miró el edificio de un piso. El taxi no se movió y al cabo de un rato, el conductor se bajó con un gesto de preocupación.

—Parece que no hay nadie, señorita. A lo mejor debería llevarla a alguno de los hoteles de la ciudad.

Él lo dijo en japonés y, evidentemente, no esperaba que ella lo entendiera. Sin embargo, ella había esperado ese momento desde que conoció a su cuñado y a su misterioso primo.

—No pasa nada. Mi hermana sabe que iba a venir y tengo la llave.

Era mentira, pero estaba segura de que encontraría la forma de entrar. El taxista, cortésmente, disimuló su sorpresa, fuera porque sabía su idioma o porque tenía un acento espantoso, y volvió al taxi aliviado por haber hecho lo que tenía que hacer con aquella desventurada. Se esfumó en la oscuridad de la calle y Jilly se quedó sola ante la fortaleza amurallada de su hermana.

Comprobó la verja de hierro, por si la habían dejado abierta, pero no se movió un ápice. Suspiró. Tendría que trepar. Rodeó la casa en busca de un árbol o algo que la ayudara. Era inútil intentar colarse cuando Taka, su cuñado, era una especie de superespía y gánster.

La calle estaba oscura y vacía. Si lo hubiera pensado antes, habría conseguido que el taxista la hubiera ayudado a saltar la tapia. Lo habría hecho, había hecho lo posible por ayudarla… Dentro de la parcela había árboles, pero fuera de su alcance.

—Muy bien —se dijo en voz baja—. Tengo recursos.

Se quitó el cinturón, hizo un lazo y lo lanzó hacia la rama. Al tercer intento, el cinturón se enganchó y pudo agarrarse de él. Tiró la mochila al otro lado de la tapia, la escaló con la ayuda de la rama y pasó al otro lado ridículamente orgullosa de sí misma. Esperó oír sirenas y que los focos la cegaran, pero la casita estaba a oscuras. Pensó que Taka y Summer habían elegido el peor momento para irse

de vacaciones. Agarró la mochila, se puso el cinturón otra vez y avanzó por el diminuto jardín mortecino por el invierno. La casa era tan pequeña que cabría en el dormitorio de su madre, pero Lianne era una mimada y, dados los precios de Tokio, aquello seguramente sería como un palacio.

No tenía ningunas ganas de romper una ventana, pero la puerta no estaba cerrada con llave. Seguramente, porque a nadie se le ocurriría molestar al nieto de un cabecilla *yakuza*, esos gánsters japoneses desalmados. Se quitó los zapatos y entró. Se sintió como Alicia al otro lado del espejo.

¿Dónde se había metido Summer?

Reno no intentaba entrar furtivamente en Japón. Si alguien, en concreto su enfadado abuelo, se molestara en comprobarlo, se enteraría al instante de que había aterrizado en el aeropuerto de Narita. Aun así, esperaba que Ojiisan, como llamaba respetuosamente a su abuelo, no se enterara. Si tenía que elegir entre su deber hacia su abuelo y evitar que la cuñada de Taka se metiera en algún lío, la elección era evidente. Si se lo preguntaran, hasta su abuelo estaría de acuerdo. Él, no obstante, no iba a preguntárselo.

Su apellido era suficientemente influyente como para facilitarle los trámites de la aduana. Alquiló una motocicleta y salió disparado hacia la ciudad, pero debería haberse imaginado que no iba a ser tan fácil. Cuando llegó a Chiba City, estaba

anocheciendo y se dio cuenta de que no estaba solo; había sido un necio al subestimar el poder de su abuelo. Seguramente, debería permitir que esos dos hombres que lo perseguían lo condujeran a la residencia de su abuelo. Si Ojiisan había sabido que había aterrizado, también podría saber dónde estaba la cuñada de Taka. Incluso, su abuelo podría ocuparse de todo, lo cual, facilitaría mucho las cosas. Reno había hecho una promesa y no tenía por costumbre incumplir las promesas con los familiares, aunque sólo fuera la mujer de su primo.

Él no tenía por qué ser quien rescatara a Jilly; sólo la había visto una vez en su vida. Lo más probable era que ni siquiera la reconociera. Eso era una sandez. La reconocería con los ojos cerrados. La miró una vez y fue como si su mundo hubiera empezado a desmoronarse, pero a él le gustaba ese mundo. Le gustaba la variedad de mujeres, le gustaba dictar sus propias reglas, le gustaba no dar explicaciones a nadie si podía evitarlo, sólo a su abuelo y a su primo si no tenía otro remedio.

Los hombres que lo seguían, enviados por su abuelo, eran unos de los mejores. Su abuelo no habría consentido otra cosa. Lo pasarían muy mal si lo perdían y si él hubiera sido mejor persona, habría dejado que lo atraparan. No se toleraban los errores.

Sin embargo, había pasado demasiado tiempo en Inglaterra como para haberse convertido en un sentimental. Tomó la última curva que entraba en el centro de la ciudad, frenó un poco para atraer a sus per-

seguidores y giró bruscamente a la izquierda para meterse por un callejón demasiado estrecho para los coches de su abuelo. El viento era frío y cortante. Levantó la cabeza y soltó una carcajada de felicidad. Había vuelto a Tokio, había dado esquinazo a los hombres de su abuelo y estaba montado en una Harley-Davidson. ¿Qué más podía pedir?

Giró otra vez a la izquierda, entró en otro callejón y frenó en seco. La limusina blanca que le bloqueaba el paso era inconfundible. Como eran inconfundibles los dos coches negros que se pusieron a sus costados para cerrarle cualquier escapatoria. La luz de los faros daba un aire sobrenatural a su ratonera.

Se bajó de la moto, se quitó el casco que se había puesto más para pasar inadvertido que por seguridad, se sacudió el pelo y esperó.

Reconoció al conductor que se bajó trabajosamente de la limusina. Kobayashi fue luchador de sumo y era el guardaespaldas de su abuelo. Era enorme y muy fuerte, pero algo lento. Reno calculó que podría salir victorioso de una pelea con él. Sin embargo, no quería deshonrar a su abuelo y se quedó quieto mientras el gigante abría la puerta de la limusina para que saliera Ojiisan.

Reno se inclinó hasta que su larga coleta cayó hacia delante y tocó el suelo. Por desgracia, su abuelo censuraba el pelo teñido y los tatuajes tanto como su nuevo nombre.

—Hiromasa-chan —dijo con aspereza el anciano con una leve inclinación de la cabeza.

Su abuelo siempre había sido un hombre menudo, pero a la gélida luz invernal parecía más frágil todavía. Estaba envejeciendo.

—¿Qué haces aquí? —siguió el anciano—. ¿Tus nuevos empleadores te han asignado algún servicio?

Reno, un poco tarde, se quitó las gafas de sol que su abuelo detestaba, aunque sabía que las lágrimas rojas como la sangre que llevaba tatuadas en los pómulos serían casi igual de ofensivas para lo que ese hombre consideraba adecuado en su heredero.

—He vuelto por un motivo.

—Estaba seguro de que tendrías alguna excusa. Sin embargo, me pregunto por qué has creído que no era necesario informar a tu abuelo de que habías decidido desobedecer sus órdenes y regresar.

—Se trata de la hermana de la mujer de Takachan.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que tu abuelo puede velar por el honor de la familia? —su abuelo lo preguntó con una delicadeza mortífera.

Reno hizo otra reverencia. Casi había perdido esa costumbre durante el breve período de tiempo que había pasado en Inglaterra, pero su abuelo podía helarle la sangre a cualquiera.

—No queríamos molestaros, Ojiisan. Hemos pensado que era un asunto para el Comité…

—¿Hemos? —le interrumpió su abuelo—. Tu primo y tú trabajáis para ese… Comité sólo gracias a mi condescendencia. Pero cuando algo afecta a la familia, yo soy quien decide lo que hay que hacer.

A Peter Madsen le gustaba pensar que daba miedo, se dijo Reno para sus adentros, pero no era nada en comparación con el Viejo. Volvió a hacer otra de esas malditas reverencias.

—Parece ser que ha venido a Japón para visitar a su hermana.

—Y Taka-chan y su esposa se han ido a las montañas hasta que se solucionen las cosas con los rusos —concluyó su abuelo sin levantar la voz.

A Reno no le sorprendió que supiera tanto, le habría sorprendido más que no lo supiera.

—No estamos seguros de que sean rusos —replicó Reno.

—Nosotros sí lo estamos. Pero la llegada de la hermana de Su-chan es una novedad. Seguro que Taka le habría dicho que no viniera cuando se enteró del peligro.

—Parece ser que fue un arrebato; que no les avisó.

La expresión del anciano dejó muy claro lo que opinaba de la generación de jóvenes. Esas *Gaijin* forasteras, intrusas, arrebatos…

—¿Cuándo va a llegar?

—No lo sé, Ojiisan. A lo mejor, ya está aquí.

—¿Dónde va a quedarse?

Si no hubiera hecho tanto frío, Reno habría estado sudando. El viento silbaba en el callejón, pero en comparación con su abuelo, parecía tropical.

—No lo sé.

—¿Has comprobado en los hoteles?

Ahí empezaban los problemas.

—No sé su nombre completo. Es Jilly no sé qué. Es hermanastra de Su-chan y tienen apellidos distintos.

El suspiro de su abuelo fue tan leve que el viento podría habérselo llevado, pero Reno lo oyó con toda claridad.

—Se llama Jillian Lovitz.

Chasqueó los dedos y uno de los hombres que se habían bajado de los coches negros se acercó a él inmediatamente. Era uno nuevo desde el destierro de Reno. Su abuelo le dijo algo en voz baja y el hombre, tras una reverencia, volvió de nuevo al coche.

—Hitomi-san se enterará de todo lo que pueda. Entretanto, vendrás a mi residencia y ya veré lo que puedo hacer…

—No.

Se hizo un silencio absoluto. Su abuelo se quedó inmóvil.

—No —repitió Reno en un tono más firme—. Mi obligación es encontrarla y protegerla, es mi responsabilidad. Ya no trabajo para vos, Ojiisan. Trabajo para el Comité, como Taka-san. Proteger a su cuñada es una deuda que he contraído con mi primo y con mis empleadores.

Si su abuelo hubiera hecho una señal, y el anciano pareció tentado de hacerla, Kobayashi podría haberle machacado los huesos, pero él no iba a salir corriendo.

—Es mi obligación —repitió con la esperanza de que su abuelo se lo pensara.

Hizo un levísimo gesto con la mano y Kobayashi se calmó.

—¿Por casualidad es una joven hermosa? —preguntó su abuelo.

—Ni siquiera me acuerdo de cómo es.

—No me mientas. Te olvidas de que te he criado. En Inglaterra habría suficientes *gaijin* para mantenerte entretenido…

Él podía ser tan impasible como su abuelo. No dijo nada; ya había dicho bastante. Sin embargo, Reno se enfrentaba a un maestro. Su abuelo se quedó en silencio mirándolo con los ojos entrecerrados. Sólo se oía el tráfico al otro lado del callejón y el sonido del viento. Al cabo de un rato, Hitomi-san volvió a salir del coche negro con una agenda electrónica en la mano. Se acercó a su abuelo y le susurró algo al oído.

Reno habría dado diez años de su vida por saber qué le había dicho, pero no lo preguntaría por nada del mundo. Ojiisan y él estaban inmóviles, se congelarían antes de que uno de los dos parpadeara.

Entonces, ante su pasmo, su abuelo levantó la mano e hizo un gesto para que se acercara. Reno no se movió. Kobayashi no lo alcanzaría si echaba a correr; quizá Ojiisan quería que se acercara para que su guardaespaldas lo tuviera al alcance de la mano. Sin embargo, el orgullo exigía que se acercara. Además, si su abuelo había decidido acabar con él, no podía hacer gran cosa para evitarlo.

Se paró justo delante del quebradizo anciano.

—La chica ha llegado hoy. No se ha registrado

en un hotel. O ha ido a casa de Taka o se ha buscado un *ryokan*. Me extrañaría que una *gaijin* aprecie la belleza de las posadas tradicionales japonesas.

No estaba dispuesto a discutir. No tenía ni idea de lo que Jilly Lovitz apreciaba o no. Además, ¿por qué su nombre tenía tantas endiabladas eles? Seguramente, lo habría hecho intencionadamente, para fastidiarlo.

—Hace unos días, tres rusos con vínculos con el antiguo KGB aterrizaron en Japón, en el aeropuerto de Kansai. Todavía no hemos encontrado su pista, pero a menos que sepan adónde han ido Taka y Summer, se habrán dirigido a Tokio. Lo que supone un peligro para tu pequeña *gaijin*.

—No es tan pequeña —replicó Reno—, es tan alta como yo. Y no es mía.

—Te has hecho responsable de ella. Ahora, es tuya. Por lo menos, hasta que la devuelvas sana y salva. Entonces, te concentrarás en tu nuevo trabajo con el Comité hasta que yo te llame.

Reno parpadeó. Su abuelo había cedido… Había esperado una batalla más encarnizada del testarudo anciano. Incluso se había preparado para escapar si Kobayashi lo metía en la limusina y lo llevaba a la residencia de su abuelo contra su voluntad. Sin embargo, había aceptado su decisión.

—¿Os pasa algo? —preguntó Reno con una súbita preocupación—. ¿Estáis enfermo?

Su abuelo hizo una mueca.

—Sólo has estado fuera seis semanas, Hiromasa-chan. Si estuviera muriéndome, habrías sido el

primero en saberlo para que ocuparas el sitio que te corresponde en la familia y dejaras de jugar a los espías con tu primo Taka-chan. Has dicho que Jillian es responsabilidad tuya y has rechazado mi ayuda, adelante. Te recomendaría que no fallaras. Si crees que soy duro de pelar, entonces te has olvidado de lo implacable que puede ser tu primo. No le gustaría que la hermana de su mujer corriera algún peligro y no vacilaría en manifestar su descontento si permites que le pase algo.

—No voy a permitir que le pase nada. Por eso he vuelto, en contra de vuestras instrucciones. La encontraré y la devolveré a su país. Luego, volveré a Inglaterra y seguiré con mi nuevo trabajo.

Si a su abuelo no le pareció una perspectiva de su gusto, tampoco lo dijo.

—No tardes demasiado, Hiromasa-chan

—Espero encontrarla en casa de Taka-chan y mañana estará fuera del país.

—No me refería a la chica. Estoy seguro de que la encontrarás pronto. Me refería a algo completamente distinto. No voy a vivir eternamente.

Miró al pequeño anciano que lo había aterrorizado toda su vida.

—Sí viviréis eternamente, Ojiisan —dijo Reno en voz baja—. Sois demasiado viejo y ruin para morir.

—Impertinente —su abuelo resopló con cierta complacencia—. Encuentra a la chica y protégela. Y hagas lo que hagas, no te enamores de ella. Ya hay demasiadas *gaijin* en la familia. Tienes que ca-

sarte con una buena chica japonesa. Me ocuparé personalmente.

—No quiero casarme con nadie. Al menos, de momento. No creo en el enamoramiento.

—Acuérdate de eso —su abuelo le apoyó la mano en el hombro a Reno él y notó que todavía tenía mucha fuerza—. Y córtate el pelo —añadió malhumorado.

Abrazar a su abuelo habría estado muy mal visto, sobre todo con sus hombres delante. Se apartó e hizo una profunda reverencia mientras el anciano se montaba en la limusina.

Esperó a que el séquito de su abuelo se hubiera marchado y volvió hasta su Harley. La arrancó, se deleitó con el rugido del motor, uno de sus sonidos favoritos, y se adentró en la oscuridad. Iba a buscar a alguien, aunque no sabía muy bien si quería encontrarla.

2

Jilly se despertó repentinamente bajo un manto de oscuridad. No pudo ver nada ni respirar, ni siquiera recordó dónde estaba. Al cabo de unos segundos, los recuerdos fueron adueñándose de ella. Estaba en Japón, en casa de su hermana y en plena noche. Respiró lentamente. Todavía notaba el corazón que le golpeaba contra el pecho; el arrebato de pánico había sido inesperado y muy intenso. Volvió a cerrar los ojos y lo oyó. Era un ruido al otro lado de la puerta cerrada. Alguien estaba moviéndose en el dormitorio, sigilosamente, como si no quisiera molestar.

Taka y Summer habían vuelto. Se levantó y sintió una oleada de alivio. Aunque en ningún momento se había preocupado por ellos. Taka era un

hombre que podía amedrentar a un ejército entero. Summer siempre estaría a salvo con él.

Fue hasta la puerta, pero dudó. Llevaba unos boxers largos de algodón y una camiseta sin mangas. Era un poco desaliñado, pero no podía hacer otra cosa. Taka desviaría educadamente su enigmática mirada y Summer le daría algo para taparse, haría té y la tranquilizaría.

Sin embargo, cuando abrió la puerta, se dio cuenta, con espanto, de que podría ser alguien aparte de su hermana y su marido. Pudo ver el resplandor de una linterna en el cuarto que había al fondo del pasillo. ¿Por qué iba a usar una linterna Taka si sabía dónde se encendían las luces? ¿Por qué no hablaban? Si Taka hubiera ido solo, ¿por qué intentaba ser tan silencioso?

Se quedó helada y todos sus instintos se aguzaron de golpe. Conocía esa sensación, la recordaba demasiado bien. Ya la habían capturado antes. Hacía dos años, un grupo de gente muy peligrosa la había tenido cautiva. Isobel la había rescatado, pero Isobel estaba muy lejos y el Comité no tenía motivos para preocuparse por ella. Nadie sabía que estaba en Japón, salvo que su hermana hubiera decidido comprobar los mensajes. Esa vez, tendría que salir sola del lío en el que se metiera.

No podía salir como había entrado; las ventanas del cuarto del fondo eran altas y estrechas. Tampoco había ningún sitio donde esconderse. Si alguien registraba la casa, la encontraría. Aunque quizá hubiera una explicación razonable para todo. Oyó

unos susurros e hizo todo lo posible por entender lo que decían. Sin embargo, no estaban hablando en japonés. Estaban hablando en ruso y ella estaba metida en un buen lío.

Retrocedió silenciosamente, con los pies descalzos, y entonces, algo cayó sobre ella. Fue como si una gigantesca ave rapaz hubiera surgido de la oscuridad, le hubiera tapado la boca para que no gritara y la hubiera estrechado contra su cuerpo con todas sus fuerzas. Era varón, más alto que ella y mucho, mucho más fuerte. Resistió fácilmente cualquier intento de ella de zafarse. Ella pateó hacia todos lados, pero una pierna recubierta de cuero la contuvo mientras la arrastraba hacia el dormitorio y cerraba la puerta.

—Quieta… —le siseó una voz al oído.

Ella no reconoció la voz, casi no la había oído en el pasado y entonces fue en japonés. Sin embargo, supo quién era. Lo supo gracias a una premonición tan intensa como la que le dijo que estaba en peligro. Dejó de resistirse. La tenía rodeada de la cintura con un brazo, como si fuera una abrazadera de hierro. Aflojó un poco y ella ni se movió.

—Si haces un ruido, morirás. ¿Has entendido? —le susurró él al oído con un hilo de voz casi inaudible.

Por un instante, Jilly se preguntó dónde estaba el peligro; ¿en los hombres que había al otro lado de la puerta o en el que la tenía atenazada contra sus costillas?

Ella asintió con la cabeza y él la soltó lentamente. ¿Qué pasaría si gritaba? ¿Le daría un golpe en el cuello y la abandonaría para que la encontrara su primo?

Él retrocedió sin hacer el más mínimo ruido y ella se volvió para mirarlo. Había empezado a acostumbrarse a la oscuridad. Era Reno y lo tenía más cerca que nunca. Captó el brillo de sus ojos y poco más.

—No te muevas de aquí —susurró él.

Tampoco podía hacer otra cosa… Él la apartó con cierta brusquedad, salió al pasillo y cerró la puerta. Durante medio minuto, estuvo tentada de escapar. Oyó unos ruidos; golpes sordos y algo parecido a un grito sofocado antes de lanzarlo. Se hizo el silencio.

Estaba muerto y ella sólo podía esperar a que la encontraran. Sólo podía defenderse con la mochila llena de libros. La agarró dispuesta a tirarla a la cabeza del primer hombre que entrara. Oyó claramente los pasos que se acercaban a la puerta y supo que estaba perdida. Reno había sido silencioso como un espectro y ningún japonés entraría en una casa con los zapatos puestos.

La puerta se abrió y ella lanzó la mochila con todas sus fuerzas.

—¿Qué haces? —preguntó él con furia.

Reno encendió la luz y ella se quedó cegada por un instante. Él cerró la puerta.

Jilly parpadeó. ¿Cómo había podido olvidarse? El pelo rojo como el fuego, los pómulos tatuados,

la sonrisa levemente despectiva y burlona en su preciosa boca…

—Seguramente no te acuerdes de mí —dijo ella con nerviosismo.

Él era más alto de lo que recordaba, mayor de lo que recordaba, más bárbaro de lo que recordaba. Tan peligroso, singular y deslumbrante como sus bochornosas fantasías de adolescente. Se dio de bruces con la verdad. No había ido allí para visitar a su hermana ni para ver cerámica de la época Heian. Había vuelto por él y había sido un error.

—Sé quién eres —replicó él inexpresivamente y en un inglés perfecto—. ¿Por qué crees que estoy aquí?

—Para visitar a Taka y Summer —contestó ella.

—Taka y Su-chan están escondidos donde nadie pueda encontrarlos.

—¿Por qué? ¿Están en peligro?

—Cualquiera que trabaje para el Comité está en peligro —contestó él más enfadado todavía—. ¿Siempre te presentas cuando no te han invitado? Sé perfectamente que Taka no se habría olvidado de advertirte.

El miedo inicial estaba dejando paso al enojo. Cualquier amenaza se había disipado, el cuento de hadas había terminado y no estaba dispuesta a que ese casi desconocido la amedrentara.

—Siempre soy bien recibida en casa de mi hermana —replicó ella en un tono gélido—. Ella quería que viniera.

—No lo creo. Ella querría que te quedaras lo más lejos de Japón que pudieras.

—¿Por qué?

Reno parpadeó con un gesto impasible.

—Pregúntaselo cuando la veas. Hasta entonces, tenemos que sacarte de aquí antes de que los rusos manden a alguien más.

—¿Rusos? ¿De qué estás hablando? ¿Qué rusos?

—Mercenarios —contestó él—. No es de tu incumbencia; mantente al margen. Te montaré en un taxi para que vayas al aeropuerto y no te preocupes…

—Ni hablar. No voy a montarme en un avión para volver.

—Te ataré y te montaré yo mismo.

¿Alguna vez lo había encontrado fascinante y hermoso? Era un matón despreciable y se alegraba de haberlo descubierto antes de que sus fantasías de adolescente se hubieran desenfrenado. Mejor dicho, se hubieran desenfrenado más, porque ya la habían alterado bastante.

—No creo… —dijo ella con una serenidad despectiva.

Él ladeó la cabeza y la miró un rato en silencio.

—Será mejor que te pongas algo de ropa. A menos que quieras pasearte por la calles de Tokio en ropa interior.

Ella se había olvidado de su escaso atuendo y notó que se sonrojaba. Algo ridículo, ya que él estaba dejando muy claro que no le interesaba. Eso

era algo reservado para cuando soñaba despierta. Recogió la ropa.

—Tardaré un minuto —dijo ella mientras abría la puerta.

Él alargó un brazo y la cerró de golpe.

—Puedes vestirte aquí. No voy a perderte de vista.

—Si pretendes que me vista, tendrás que perderme de vista.

Él se apoyó en la puerta con los brazos cruzados. Ella dejó escapar un gruñido. Él no se inmutó. Con un suspiro de impotencia, ella se puso de espaldas. Le costó ponerse el sujetador sin quitarse la camiseta, pero lo consiguió y se dio la vuelta con aire triunfal. Sin embargo, no estaba mirándola. Podría haberse arrancado la camisa y él no se habría enterado. Tenía la mirada clavada en su teléfono móvil. Estaba leyendo un mensaje. Ella se puso los vaqueros y una camiseta de manga larga y guardó sus cosas en la mochila. Él no se movió ni dejó de mirar la pantalla. Entonces, levantó la mirada, casi como si se hubiera olvidado de su existencia.

—Complicaciones —dijo.

Las personas como Reno y Taka no empleaban esa palabra a la ligera y se quedó petrificada.

—¿Es mi hermana? ¿Le ha pasado algo?

Él estaba contestando el mensaje. Sus dedos largos y delgados volaban sobre el teclado. La miró. Sus ojos eran de un marrón profundo; ella, por algún motivo, había pensado que eran verdes.

—¿Estás preparada? ¿Dónde están tus zapatos?

—En la puerta, naturalmente —si a él le sorprendió que conociera las costumbres, no lo dijo—. ¿Vas a contestarme? ¿Qué pasa?

—Léelo tú misma.

Él le lanzó el teléfono y tuvo suerte de que lo atrapara. No habría sido muy útil si se hubiera estrellado contra el suelo. Miró la pantalla.

—Muy gracioso —Jilly contuvo las ganas de tirárselo y lo dejó en la mano que había extendido—. No sé leer *kanji*.

—Ya.

Reno se guardó el teléfono en el bolsillo del pantalón y, por un instante, el cuero se ciñó sobre su protuberancia. ¿Por qué demonios se había fijado ella? Le había quedado muy claro que Reno era el enemigo y que lo mejor que podía hacer era librarse de él lo antes posible si no quería acabar en un avión con destino a Los Ángeles, y no estaba dispuesta a ir a ninguna parte sin haber visto a Summer. Naturalmente, escapar de alguien que estaba en su feudo era posible en teoría, pero en la práctica se complicaba bastante. Podía intentar razonar, pero el hombre que tenía delante no parecía especialmente racional. Parecía molesto, aburrido e impaciente.

Pensar que se había tumbado en la cama de la mansión de su familia en las colinas de Hollywood y había tenido fantasías con él; con los dos juntos…

Su hermana le había advertido sobre Reno y es-

taba segura de que Taka y ella habían hecho todo lo posible por mantenerla alejada de la oveja negra de la familia. Grave error. Llevaba diez minutos con él y estaba muy alterada. Si hubiera estado un poco con él en su momento, el problema se habría resuelto hacía mucho tiempo.

—Estamos en el mismo bando —ella tomó aliento lentamente—. Sólo quiero encontrar a mi hermana. Déjame hablar con ella.

—No sé dónde están. A lo mejor no hablo demasiado bien en inglés o quizá no estés escuchándome. Están ocultos; hay gente que quiere matarlos y te utilizarán para encontrarlos. Por eso, vas a volver a tu tranquila vida en Hollywood y dejarás que los profesionales se ocupen.

—¿Profesionales? Me parece que no das el tipo para el Comité. Al menos si Taka y Peter tienen algo que opinar.

—Deja de provocar —él pasó por alto el insulto—. Tenemos que largarnos de aquí.

—No hasta que me digas qué ponía en el mensaje.

Por un instante, pareció que iba a agarrarla del hombro y sacarla de allí a rastras. Le habría gustado que lo hubiese intentado. Tenían casi la misma altura, alrededor de un metro ochenta y muchos centímetros, y ella no era tan delgada como él. Quizá hubiera decidido no emplear la fuerza.

—Tres agentes rusos llegaron a Japón hace cuatro días para matar a Taka-san y a su esposa. Les avisaron y se han escondido. Otros cinco agentes